

PATOCRACIA

“Una actitud de hipocresía y desprecio mostrada por las acciones de la clase dirigente hacia los ideales que dicen seguir, y hacia los ciudadanos que dicen representar”.

Como he manifestado en varias ocasiones **la democracia** en España siempre ha sido un poco sui géneris y eso de que el poder está en la soberanía popular y que es el pueblo soberano quién controla a sus gobernantes tiene más de deseo que de realidad. Quizás por ello los periodos democráticos en nuestra historia han sido tan cortos y han terminado, casi siempre, a garrotazos.

Uno de las etapas más largas de democracia a la española es la que disfrutamos actualmente y que va ya para los 45 años con algún susto que otro entremedias. El régimen que nació en nuestro país tras la muerte de Franco tuvo todos los pronunciamientos favorables de un pueblo que aún recordaba una contienda civil que había dejado, en ambos lados, muerte y sufrimiento a pesar de que España se había convertido en un próspero país con una economía al alza que creó una gran clase media con un poder adquisitivo nunca soñado por estos lares.

Pero lo que estaba claro es que los españoles de 1975 querían un modelo de estado distinto donde la libertad y la democracia estuvieran patentes, pero también la paz. Nadie quería volver a las andadas y la mayoría apostaba por cerrar heridas y olvidar, sí olvidar, sobre todo aquellos que vivieron el drama de la guerra civil en primera persona.

Llegó la democracia gracias al acuerdo histórico de los partidos más representativos, parecía que por fin los políticos españoles eran capaces de poner los intereses de los ciudadanos por delante de los suyos, fue un hecho histórico y único en nuestra historia. La hoy denominada **“Transición”**, denostada e incluso calumniada por una pandilla de pelachufas advenedizos, ha sido el único momento de nuestra historia donde de verdad ha habido democracia en España.

Sin embargo, la desaparición de la escena política de los que hicieron posible la “Transición” hizo que la democracia de que disfrutábamos se convirtiera en otra cosa. Una ley Electoral que debió ser modificada y no se hizo, nos trajo la “**partidocracia**”. **Los órganos del poder estatal y autonómico, incluido el judicial, se convirtieron en correas de transmisión de los partidos políticos.** El poder de los partidos para repartir cargos y prebendas trajo la aparición de los que algunos han denominado “casta política”.

Miles de ciudadanos, con mejores o peores intenciones, han visto en la política un *modus vivendi* para el que no hace falta demostrar ninguna preparación, basta con arrimarse al partido más acorde con sus intereses e ir escalando posiciones hasta conseguir un cargo que le permita vivir de la mamandurria pública; eso sí, a costa de chalanear, no tener escrúpulos y arrimarse a caballo ganador. Si uno es un poco espabilado podrá pasarse toda su vida laboral viviendo opíparamente aunque sea un auténtico analfabeto funcional.

La partidocracia ha viciado la democracia y el pueblo soberano, sin comerlo ni beberlo, se ha convertido en la coartada de los partidos políticos. La red clientelar de unos y otros domina cada uno de los comicios electorales. El votante se limita a apoyar con su voto unas siglas debajo de las cuales van los nombres de una serie de personajes a los que en muchas ocasiones no conoce de nada y que han sido colocados por los prebostes de los partidos con criterios muchas veces espurios o nepotistas.

Pero como decía Murphy, todo lo que es susceptible de empeorar, empeora y la partidocracia que ya de por sí había corrompido la democracia ha ido dando paso a la **patocracia** (término acuñado por el psiquiatra polaco Andrzej Lobaczewski) que no es otra cosa que un sistema político donde personas con trastornos de personalidad se hacen con el poder. Son trastornos como el narcisismo, la egolatría e incluso la psicopatía. Se tienen en muy alta estima, desprecian a los demás y necesitan tener alrededor gente que les haga constantemente el rendibú ya que llevan muy mal ser criticados sobre todo en público. Están convencidos que el

fin justifica los medios y utilizan el engaño, la argucia o la treta para conseguir sus fines ¿les va sonando?

Estos personajes tienen un cierto don de gentes y por lo tanto la capacidad de captar adeptos entre un público de un nivel medio, por lo que es fácil que muchos votantes se identifiquen con ellos. Alrededor del “querido líder” aparece lo que se ha denominado “patocracia colectiva” es decir una serie individuos que cierran filas alrededor de ese personaje bien porque tienen tanta sed de poder o de dinero como para no cuestionarse los métodos utilizados, o bien porque se sienten profundamente atraídos por estos “adalides” a los que consideran una especie de gurús espirituales.

En España, queridos lectores, estamos en manos de un “**patócrata narcisista**” de la peor especie que desprecia las normas de convivencia que hicieron posible la democracia y, lo que es peor, desprecia a los ciudadanos a los que dice representar. Las consecuencias para nuestro país pueden ser, aunque algunos no quieran verlas, absolutamente nefastas.

Damián Beneyto

P.D. Termino de escribir esta parrafada el día 6 de diciembre.
¡VIVA LA CONSTITUCIÓN!